AXAYACATL.

TERCER EMPERADOR DE MEXICO.

La nacion mexica, á la muerte del emperador Motecuhzoma Ilhuicamina, habia alcanzado ya un alto grado de grandeza y poderío. Cumplidas una á una las profecías de los compañeros de Tenoch, la pobre tribu que habia elegido por primer rey á Acamapichtli, se habia convertido en el espacio de un siglo en el pueblo mas temido de nuestro continente.

Todas las crónicas señalan el reinado del primero de los Motecuhzomas como una época de gran prosperidad nacional, no obstante el período funestísimo del hambre y de la inundacion de Tenochtitlan que acaeció á mediados del reinado de aquel soberano. Las conquistas de Itzcoatl y de Motecuhzoma habian extendido los límites del imperio, reduciendo á la servidumbre á los antiguos dominadores de los mexica; tras la ruina del déspota de Atzcapotzalco, Maxtlaton, cayó á su vez el tecuhtli de Quauhnahuac; los chalcas,

despues de combatir heróicamente por su independencia, cayeron vencidos tambien, y sobre los escombros de estas naciones se alzó el pueblo tenochca, irresistible ya por sus propios elementos, aliado al reino chichimeca de Acolhuacan y al señorío de Tlacopan; alianza que subsistió en pié hasta la estruendosa caida del imperio mexicano.

A la muerte de Motecuhzoma Ilhuicamina, los votos de los electores y el amor del pueblo designaron á Axayacatl para sucederle en el mando supremo. Preciso es hallar en esta eleccion el resultado lógico de la política de conquista y de dominacion que habian adoptado sus compatriotas. Axayacatl, lo mismo que sus hermanos Tizoc y Ahuitzotl, que fueron sucesivamente y despues de él, emperadores, era hijo de Tezozomoc y de Atotoxtli; el primero, hijo del gran rey Itzcoatl, y la segunda de Motecuhzoma. El nieto de los dos soberanos se habia distinguido en las guerras emprendidas por su abuelo materno, alcanzando el puesto de *tlacochcalcatl* ó general en gefe del ejército, siendo para ello preferido á su hermano primogénito Tizoc. Hemos dicho que la eleccion de Axayacatl para suceder en el trono á su abuelo, fué el resultado de la política adoptada por los mexica. Un pueblo que se habia engrandecido por la conquista, se hallaba rodeado de enemigos que todo lo temian del comun dominador; un pueblo que como Roma fundaba su prosperidad en la ruina de sus vecinos, necesitaba ante todo de un valiente guerrero á su cabeza, para inspirar temor y respeto á los unos y para anonadar á los otros.

El Códice Mendozino, cuya cronología seguimos por ser la autoridad mas respetable hasta hoy en esta materia, fija la muerte de Motecuhzoma Ilhuicamina y la eleccion de Axayacatl en el año III calli, que corresponde á 1469. En esto concuerda la fecha señalada por Sigüenza y Góngora, que coloca la ascension de Axayacatl al trono en 21 de Noviembre de 1468, explicándose fácilmente la diferencia que aparece á primera vista, en la circunstancia de no terminar el año de los mexicanos al mismo tiempo que el nuestro.

II.

Torquemada refiere en su *Monarquia Indiana*, Lib. II cap. 54, que Motecuhzoma I tenia un hijo cuyo nombre, segun Chimalpain, era el de Iguahuacatzin, y que antes de espirar aquel soberano recomendó á sus súbditos que elijiesen en lugar de este á Axayacatl, su nieto, para sucederle en el mando supremo. Así, pues, no solo el prestigio y las cualidades personales del valiente general del imperio le habian designado de antemano al voto de los electores, sino tambien la recomendacion que en su favor hiciera el moribundo monarca, cuyos altos hechos y próspero reinado le habian grangeado el mas profundo y entrañable amor de su pueblo.

Este es el lugar de combatir una asercion que ha contado respetables autoridades en su apoyo. En un manuscrito intitulado *El Libro de Oro* se dice que muerto Motecuhzoma sin descendientes varones legítimos, le sucedió en el trono su hija, casada con un su pariente próximo llamado Tezozomoc, hijo de Itzcoatl. Fray T. Motolinia dice lo mismo y Domingo Muñon Chimalpain, noble indio mexicano, autor de varias obras sobre nuestra antigua historia, justamente apreciadas, afirma otro tanto y llama á la reina, Atotoztli, madre de mu-

chos hijos, contándose entre ellos Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl que fueron sucesivamente soberanos de México.

Esta asercion histórica, adoptada por los autores que antes hemos mencionado, queda destruida sin grande esfuerzo, atendiendo al hecho notabilísimo de que en ningun catálogo de los reyes de México aparece el nombre de la reina Atotoztli, comprendido entre los de aquellos soberanos que ejercieron el mando supremo. Ademas, no podria concebirse que la política adoptada por la nacion tenochca, política de dominacion y conquista, fuera olvidada ó al menos profundamente quebrantada precisamente en los momentos que necesitaba ese mismo pueblo, un brazo vigoroso que conservara las conquistas de Itzcoatl y de Motecuhzoma Ilhuicamina. ¿Es creible, es racional siquiera suponer que una nacion rodeada de enemigos y sedienta de dominacion y ensanche territorial, confiara el cetro á la débil mano de una mujer? Tenemos tambien en nuestro apoyo una razon poderosa, tal es la de que nunca, en las dinastías de las naciones del Valle, se dió el caso de haber ejercido una mujer el mando supremo, y si alguna vez esto hubiese sucedido, el pueblo tenochca probablemente hubiera seguido su ejemplo, así como adoptó del reino chichimeca de Acolhuacan tantos usos, costumbres é instituciones. A la luz del sano criterio hallamos la explicacion del error cometido por los autores referidos. Natural es creer que la reina Atotoztli, hija de Motecuhzoma, esposa de un descendiente del gran Itzcoatl y madre de los tres soberanos Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, vivió siempre rodeada del profundo respeto y de la consideracion de los mexicanos como hija, esposa y madre de reyes; y esa veneracion que se trasmitió tradicionalmente hasta Chimalpain y Motolinia, les indujo equivocadamente á contar á Atotoztli en el número de los soberanos de México.

Hay una escuela de historiadores antiguos que en esta época de nuestros anales ha pretendido trastornar el órden cronológico de los reyes, colocando á Tizoc en el trono antes que su hermano menor Axayacatl. El padre José de Acosta,

autor de la obra intitulada *Historia natural y moral de las Indias*, fué el primero que asentó este error cronológico, imitándole Antonio de Herrera en sus *Décadas* y Enrico Martinez en su *Historia de Nueva-España*, debiendo aquí tener presente que estos dos escritores del siglo XVI, al tratar de la genealogía de los reyes, se redujeron á copiar ciegamente las noticias del padre Acosta, que como se vé queda como el único sostenedor de la trasposicion cronológica que hemos mencionado; trasposicion que ademas de haber sido ya victoriosamente combatida, es calificada por Betancourt como resultado de "*una relacion que guió al Padre Acosta en los principios de la conquista, hecha de prisa y sin reparar en los años y los dias.*"

III.

Pasadas las solemnes exequias de Motecuhzoma, los nobles tenochca, mas que cumpliendo con la postrera recomendacion del monarca difunto, acatando la voluntad unánime de sus compatriotas, eligieron á Axayacatl soberano de México-Tenochtitlan. El voto de los electores, segun la fórmula introducida desde que se celebró la alianza de los tres reinos del valle de Anáhuac, quedó ratificado con la aprobacion de los soberanos de Acolhuacan y de Tlacopan.

Netzahualcoyotl, rey de Acolhuacan, despues de las ceremonias usadas en la consagracion de los monarcas, ciñó las sienes de Axayacatl con el *copilli* de oro, y le proclamó *tecuhtli* de los mexicanos y culhuas en medio de las aclamaciones y gritos de júbilo de la gozosa muchedumbre. Luego, el mismo soberano acolhua dirigiendo la palabra al electo, dióle el parabien por su exaltacion al trono, ofreciéndole valiosos y exquisitos dones consistentes en preciosas mantas, plumas, joyas y piedras rarísimas de que venia provisto. Imitóle el *tecuhtli* de Tlacopan, Totoquihua, é iguales demostraciones fueron haciendo los nobles mexicanos protestando obediencia á Axayacatl, y reconociéndole por señor y monarca legí-

timo. El pueblo, que presentia en este al digno sucesor de su abuelo, renovó sus entusiastas aclamaciones, y los avisos que se enviaron á todas las provincias sujetas al imperio participando la eleccion, hicieron venir á la ciudad de Tenoch á infinitos caciques y señores que prestaron pleitesía al nuevo emperador y le colmaron tambien de riquísimos regalos.

Algunos autores afirman, entre ellos Torquemada y Clavijero, que apenas sentado Axayacatl sobre el trono de sus mayores, salió á la guerra á fin de proveerse de víctimas que habian de sacrificarse con motivo de su coronacion, siguiendo el ejemplo de su antecesor. Dicen aquellos que el monarca de los mexicanos marchó á la cabeza de sus tropas hácia el país de los Mixtecas, cayendo como torrente desbordado sobre las naciones situadas al Sudeste de Tenochtitlan, y que despues de vencerlas en muchas y furiosas batallas, llegó hasta Coatolco (Huatulco) á orillas del Grande océano; que luego se asomó como sangriento aterrador meteoro, por las fronteras del reino de Quiché (Guatemala), y que cargado de botin y rico de despojos tornó á México, adonde sacrificó á los innumerables prisioneros hechos en su asoladora expedicion. Siguiendo nosotros el órden cronológico establecido en el Códice Mendozino, colocarémos la campaña de la Mixteca inmediatamente despues de la guerra y destruccion de Tlaltilulco, que entre las conquistas de Axayacatl aparece en primer lugar, tanto en la coleccion de Mendoza, como en la crónica del padre Duran.

Los tlaltilulcas, separados de los tenochca desde 1338, trece años despues de la fundacion de México, no habian podido sobrepujar á sus antiguos compatriotas en grandeza y poderío. Si bien lograron conservar su independencia no obstante hallarse establecidos en las afueras de la gran Tenochtitlan, si bien habian acompañado como aliados á los tenochca en las guerras emprendidas bajo los reinados de Itzcoatl y de Motecuhzoma, esa independencia y esa alianza disfrazaban una verdadera sujecion que sobre ellos pesaba. En tiempo de este último emperador, los tlaltilulcas habian presen-

ciado la muerte de su rey Quauhtlatoa, castigado por las propias manos del *tecuhtli* mexicano, y de él recibieron como soberano á Moquihuix, á quien pronto veremos pelear y morir por la independencia de su nacion.

La debilidad de Tlaltilulco al lado de la prosperidad cada dia creciente de Tenochtitlan, no era el solo peligro que amenazara la independencia del primero de estos pueblos; amenazábala tambien la proximidad de las dos ciudades, únicamente separadas por una gran zanja, que corria de Norte á Sur, y cuyos vestigios se descubren hoy todavia sin que cuatro siglos hayan bastado para borrar por completo ese antiguo límite de dos naciones. De esta proximidad originábanse cada dia colisiones y pendencias entre los habitantes de ambas ciudades, que envenenándose progresivamente pronto se convirtieron en ódios profundos de pueblo á pueblo.

Tal era la situacion respectiva que guardaban Tenochtitlan y Tlaltilulco á la eleccion de Axayacatl. Los cronistas mexicanos y los primeros historiadores españoles achacan á los tlaltilulcas todo género de desmanes cometidos en daño de los tenochca, y píntanlos como promovedores de la guerra que tuvo para ellos tan fatal resultado. Pero hay que tener en cuenta que los cronistas mexicanos debian ser poco imparciales tratándose de un pueblo sojuzgado por sus mayores, y que los primeros historiadores recogieron las tradiciones adulteradas en el trascurso de cuarenta y ocho años, período colocado entre la caida de Tlaltilulco y la conquista de México-Tenochtitlan por las huestes de Cortés.

La filosofía de la historia nos sirve hoy para juzgar imparcialmente á los hombres y los sucesos que en esos tiempos ya remotos se alzaron y desarrolláronse sobre el suelo que ahora pisamos. Lo que Moquihuix y los tlaltilulcas tramaron, apenas sentado Axayacatl en el trono de México, no fué otra cosa que la salvacion de su patria. Comprendieron que el bravo generalísimo de los tenochca, al ceñirse el *copilli* de su abuelo, marcharia sobre sus huellas; sintieron que ellos serian los primeros en sufrir las amarguras de la servidumbre,

pues bien sabian que el orgullo de los tenochca, cuyo dominio se extendia á centenares de leguas, no podia soportar por mas tiempo que hácia el lado de Tlaltilulco lo limitase tan solo amplísimo foso. Preparáronse, pues, á la defensa; adiestráronse en el manejo de las armas, y buscaron aliados entre todos los adversarios antiguos de los tenochca. Entraron en esta liga los pueblos de Xilotepec, Toltitlan, Tenayucan, Mexicaltzinco, Huilzilopochco, Cuitlahuac, Xochimilco y Mizquic, enemigos todos del imperio mexicano. El centro y el jefe de esta conjuracion era Moquihuix.

IV.

Una bella mexicana, hermana de Axayacatl y nieta como él de Motecuhzoma, habia sido dada por éste en calidad de esposa á Moquihuix, *tecuhtli* tlaltilulca, en premio de sus hazañas durante la guerra contra los olmecas de Cuetlaxtla. Segun unos historiadores, el mal tratamiento que la hermosa princesa recibia de su marido, quien se vengaba en ella de los mexicanos, y segun otros, el noble sentimiento del patriotismo que inflamó el corazon de la esposa de Moquihuix al descubrir las tramas de éste contra su hermano y su nacion, la hicieron abandonar la ciudad de Tlaltilulco y refugiarse con sus hijos en Tenochtitlan, revelando á Axayacatl la vasta y tenebrosa conspiracion preparada en su daño por Moquihuix.

La huida de la reina de Tlaltilulco precipitó la guerra entre las dos naciones y frustró en gran parte los siniestros proyectos de su esposo. Este reunió á sus gentes de armas y les arengó, recordándoles todos los ultrajes y humillaciones sin cuento á que los tenochca les habian sujetado. Dice la crónica que un viejo sacerdote llamado Poyahuitl, y que presente se hallaba en esa junta de guerra, propuso á los tlaltilulcas que bebiesen del agua que servia para lavar la piedra de los

sacrificios, y que aprobada la idea pusiéronla luego en práctica, apurando Moquihuix y todos los suyos aquella agua inmunda teñida con sangre humana, sintiéndose despues de beberla animados por un ardimiento extraordinario, y ávidos de lucha y de matanza.

Renovóse poco tiempo despues, y ya unidos los tlaltilulcas á muchos conjurados de los pueblos vecinos, la ceremonia propuesta por Poyahuitl en la primera reunion, prometiendo todos de nuevo á Huitzilopochtli acabar con Tenochtitlan y sacrificar en sus aras á los prisioneros que hiciesen en la guerra.

Ya en este estado de efervescencia los ánimos, no debia tardar el combate á muerte entre los dos pueblos. Axayacatl, por su parte, desde que su hermana le revelara las intenciones de Moquihuix, no habia descansado un momento hasta ver dispuesto su ejército para entrar en batalla. El mismo dia que los conjurados celebraron su segunda junta de guerreros, ya al caer la tarde, presentáronse algunas mujeres tlaltilulcas armadas de escobas teñidas en sangre, á las puertas de las casas tenochca que se hallaban situadas junto al foso que corria entre las dos ciudades, y despues de gritar desvergüenzas é improperios contra los mexicanos, quemaron las escobas, significando con esta accion que Tenochtitlan y sus habitantes tenian que perecer al dia siguiente entre los horrores del incendio y la matanza.

Esta última demostracion exasperó tanto á unos y otros que apenas se alzó el nuevo sol comenzó el ataque, siendo los tlaltilulcas los primeros que se lanzaron á los cuarteles de la ciudad de Tenoch, próximos á la zanja de que ya hemos hablado. El señor de los culhuas, Xiloman, uno de los aliados que se habian procurado los tlaltilulcas, llegó en los momentos en que se luchaba con mayor encarnizamiento, pero disgustado al ver que Moquihuix habia principiado el combate sin contar con él, se retiró con los suyos profundamente resentido, no sin ordenar que se cerraran los canales por donde Axayacatl y los mexicanos pudiesen recibir algunos so-

corros. El *tecuhtli* de los tenochca que durante la accion habia hecho prodigios de valor, dispuso que volvieran á abrirse los canales obstruidos por el señor de Culhuacan, y continuó peleando con mas furia que nunca, sin que su valor y el de sus soldados pudieran impedir que varias casas de Tenochtitlan fuesen presa de las llamas y que los tlaltilulcas se apoderasen de veinte mexicanos que fueron inmediatamente sacrificados en el altar del dios Huitzilopochtli. Peleóse con ardor terrible durante todo el dia, sin que la victoria se declarase por ninguno de ambos bandos; solo la noche pudo separar á los combatientes, aplazando por algunas horas la ruina de uno de los dos pueblos. Noche de angustiosa espera para Axayacatl y Moquihuix, y noche suprema para ambos ejércitos, cuyas tinieblas sirvieron al monarca mexicano para circunvalar con sus tropas á la desventurada Tlaltilulco del Lago.

V.

Lució el nuevo dia y apenas el sol tiñó suavemente la region oriental, sonaron por todo el campo las conchas y caracoles marinos, dejóse oir el melancólico redoblar del *huehuetl* y los acompasados *teponaxtli* dieron la señal del ataque. Púsose en marcha el ejército mexicano atronando el aire, segun su costumbre guerrera, con espantosa gritería y furiosos silbos y aullidos. Iba uno de los primeros, Axayacatl, revestido de todas sus armas, áureo *copilli* brillaba en su frente y engalanaban su traje ricos aderezos y divisas de mucho oro, joyas y plumas, *mostrando todo él*, dice la crónica, *valor y gentileza*. Rodeábanle los nobles y señores del imperio, entre ellos, sus hermanos Ahuitzotl y Tizoc, que le habia sucedido en el puesto de *tlacatecatl* ó generalísimo, y distinguíanse entre aquellos ilustres guerreros Cohuatzin, Quetzatlhua, Tlilpotoncatzin, Totomatzin, Tzontemoc y Tenamatl, y los demas que por sus altos hechos en las guerras de Motecuhzoma figuraban en las órdenes militares de los Quachic, Otomitl, Quauhtli y Ocelotl. Marchaban tambien confundidos en las filas de los mexicanos los de Cuauhtitlan, que llegados durante la noche á Tenochtitlan tomaban parte en el combate.